

Homilía Cena del Señor. Jueves Santo.

Se acercaba la Pascua judía, y entre la gente se preguntaban: *‘¿Vendrá Jesús a Jerusalén?’*. El Señor había realizado milagros, sanando a muchos, y liberado de demonios. Había multiplicado los panes para que nadie se vaya sin comer. A su vez con la ternura de su misericordia, había llenado de alegría y esperanza el corazón de muchos. Es decir, su paso lleno de Vida, haciendo el bien, generaba muchas expectativas. Por eso podemos imaginar algunas preguntas: *‘¿Restaurará ahora el Reino de Israel? ¿Nos liberará de los romanos? ¿Se mostrará Mesías con todo su esplendor?’*.

¿Qué es lo que hace el Señor Jesús? Se abaja y lava los pies de sus discípulos. Lo vemos a Dios sirviendo y lavando los pies de su criatura. No hace otra cosa que seguir la lógica de la encarnación. El grande se hace pequeño, el fuerte se hace débil, el rico se hace pobre. Todo esto por amor. Este camino del descenso, es el camino que lo lleva a la cruz. Es a su vez la lógica de la Eucaristía. El Señor se queda entre nosotros pequeño y frágil bajo la apariencia del Pan. Dios se hace alimento de su criatura. Pan partido y repartido para todos aquellos que hambreamos un sentido para nuestras luchas diarias, para nuestra vida.

Ahora bien, volvamos a la escena del Evangelio. Pedro le dice a Jesús: *“¿Cómo me vas a lavar los pies a mí?”*. Hay que entenderlo, es el mundo al revés. Jesús quiere ocupar el lugar del esclavo. El Evangelio del lavatorio de los pies, nos desafía a poner el mundo al revés, “patas para arriba”, por así decirlo.

Nuestro mundo hoy está construido según el modelo de la pirámide. En la cima se encuentran los poderosos, los inteligentes, los ricos. Son los llamados a gobernar y a guiar. En la base de esa pirámide están entre otras situaciones: los inmigrantes, los cartoneros, los que están fuera del mercado laboral, y los chicos que fuman paco en los pasillos de las villas.

En el Evangelio, lo vemos a Jesús ocupando el lugar de una persona de esa base de la pirámide. El lugar de esas vidas que muchas veces parecen estar de sobra. Incluso esas personas son consideradas feas, molestas, sobrantes, y que se busca como sacárselas de encima.

El Señor quiere estar en ese lugar. *“Jesús, el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. Mt 25,40). Esto nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra. Pero en el vigente modelo «exitista» y «privatista» no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida.”*¹

¹ Francisco. Evangelii Gaudium. N° 209.

Jesús vino a transformar el modelo de la sociedad de la pirámide al modelo del cuerpo. Así nos lo enseña San Pablo en el capítulo 12 de la primera carta a los cristianos de Corinto. Cada persona tiene un lugar, cada una depende de la otra, cada una es llamada a descubrir y realizar su misión para el bien del cuerpo. Y los miembros del cuerpo que son más débiles, son tratados con mayor delicadeza, porque cada persona es sagrada, irrepetible, única.

Jesús les pide a sus discípulos –a nosotros que queremos seguirlo de cerca–: *“Hagan esto entre ustedes, hagan esto con los más pequeños, lávense los pies los unos a los otros”*. Esto no es otra cosa que decir: *“Ámense los unos a los otros, así como yo los he amado.”* La medida del amor es amar sin medida. Amar y servir, de eso se trata, nada más, ni nada menos.

La Semana Santa nos presenta también una imagen contraria a la del lavatorio de los pies, la de Pilato lavándose las manos. Éste piensa que de esta manera deslinda su responsabilidad frente a la situación, pero tristemente se vuelve cómplice de la misma. Es una imagen fuerte, ya que cada vez que pasamos de largo frente a los más pobres, nos convertimos en discípulos de Poncio Pilato al lavarnos las manos.

Jesús al ocupar el lugar de los últimos en la fila de la vida, y ahí lavar los pies de sus discípulos, nos enseña que *“del más chiquito y del más olvidado tiene Dios la memoria muy reciente y muy viva.”*²

El Triduo Pascual en el que entramos con esta celebración, es una bella ocasión para acercarnos al sacramento de la reconciliación. Pidamos la gracia de ver, que a veces me comporté lavando los pies o dejándome lavar, y otras veces me lavé las manos como Poncio Pilato frente al sufrimiento del hermano.

Ahora bien, a no desesperar. Abrámonos al perdón de Dios. Como invita Francisco: *“Hermanos, hermanas, ¿cuál es el camino para volver a la senda de la vida nueva? Es el camino del perdón de Dios. Pongan esto en la mente y el corazón: Dios no se cansa nunca de perdonar... ¿Cuál es el drama? Es que somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Nos cansamos de pedir perdón, pero Él no se cansa jamás de perdonar. No lo olvidemos esto. Porque el perdón divino hace esto: nos hace nuevos de nuevo. Cómo, apenas bautizados, nos limpia por dentro, devolviéndonos a la condición del renacimiento bautismal: hace que las aguas frescas de la gracia fluyan de nuevo en el corazón, reseco por la tristeza y empolvado por los pecados; quita las cenizas de las brasas del alma, limpia esas manchas interiores que nos impiden confiar en Dios, abrazar a nuestros hermanos y hermanas, amarnos a nosotros mismos.”*³

² Cf. Bartolomé de las Casas. Carta enviada al Consejo de Indias en 1531

³ Francisco. 24 horas para el Señor. 8 de marzo 2024.

Por último, subrayemos que después de lavarle los pies a sus discípulos, Jesús enseña una nueva bienaventuranza: *“Felices ustedes si sabiendo estas cosas las practican”*. Y cuando hablamos de bienaventuranzas, hablamos del corazón del Evangelio, hablamos de lo esencial en el camino de la santidad, al que estamos llamados desde el día de nuestro bautismo.

Mons. Gustavo Carrara.

Arzobispo de La Plata.

2 de abril de 2026.